

EL ÚLTIMO BOHEMIO

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

CONDE DE CANILLEROS



EMPECE a verle por las noches en el Café Royal, situado en una esquina de las calles de Alcalá y Narváez. Me crucé luego con él varias veces, también por la noches, en la Avenida de Menéndez Pelayo, en la que tengo mi residencia madrileña. Era un hombre de edad, corpulento, con una revuelta cabellera blanca. Me extrañó verle siempre solitario en sus paseos nocturnos, y casi siempre también sólo en el café. Me parecía que su cara me era conocida de algo: pero no fui capaz de recordar quien fuese. El poeta valenciano Luis Guarner me dijo una noche en el Royal:

—Aquel que está sentado sólo allí, es Cansinos Asens.

—¡Claro!—exclamé. Ya decía yo que me era conocido.

Muchos años antes, no sé cómo ni dónde, yo había coincidido con el viejo escritor, perdiendo totalmente después su rastro. Todo el mundo lo perdió, porque vivía retraído y aislado. Sin embargo, aquel hombre que ignoraban las nuevas generaciones, era un literato de calidad y valer, que había sonado y bullido con gran destaque en Madrid durante el primer tercio del siglo.

Don Rafael Cansinos Asens, escritor y crítico, raro ingenio, nacido en Sevilla en 1883, fue uno de los maestros de la generación inmediata a los del 98. Vino de muchacho a la capital de España, para no moverse de ella. Figuró en aquella galería de *Los Raros*, de Rubén Darío; fue capitán y mentor del *Ultraísmo*, crítico famoso y figura destacada en la tertulia del Café Pombo, en la que tantos ingenios alternaron con Ramón Gómez de la Serna. Con estos contertulios, Cansinos, propenso

entonces a todo lo exótico, fue una noche de luna al Retiro, a dedicar al *Angel Caído* un ejemplar del libro que Rafael de Urbano había escrito sobre el demonio.

Todo esto pude evocar luego con Cansinos Asens muchas veces, porque al saber quien era me acerqué a saludarle en el Royal, iniciando una cordial amistad que duró ocho años, los últimos de su vida. Por curiosa paradoja, yo que no tuve trato con él en sus tiempos de esplendor, fui entre los escritores, el que más lo trató en su época de oscurecimiento y retiro. Nos vimos, siempre de noche, en el citado café o en la mencionada Avenida de Menéndez Pelayo, en la que también tenía él su residencia. Sobre las diez de la noche, cuando yo iba a mi casa a cenar, don Rafael salía de la suya cenado, para emprender sus largos y solitarios paseos callejeros de varios kilómetros, al final de los cuales, como a las doce, iba al Royal. Me contó muchas veces sus itinerarios por las calles madrileñas. Años antes, había sido compañero suyo en estos paseos al final de la noche, tras el cierre de los cafés, un común amigo, íntimo mío: Antonio Rodríguez-Moñino. Cansinos y él se acompañaban una y otra vez a sus respectivos domicilios, para terminar separándose a las cuatro o cinco de la madrugada. Después Moñino cambió de vida, acostándose temprano, y no volvieron a verse. Durante los últimos años, en los que no tuvieron contacto alguno, yo fui el lazo de unión entre ellos, llevando saludos o recados del uno al otro.

Cansinos vivía en bohemio, cuando ya estaba cancelada tal forma de vida, incompatible con el ritmo actual del mundo:

—Soy el último bohemio—me decía—. Sé que esto es una cosa trasnochada: pero yo así he vivido y así moriré.

Su hermana Pilar compartió sus soledades y su bohemia. Al faltarle ella, don Rafael contrajo un tardío matrimonio, del que al morir, en 1964, dejó un hijo de seis años.

Toda la intensa actividad publicitaria había cesado desde 1936. Ni en libros como *La Rebelión de los Poetas*, ni en críticas y artículos periodísticos, volvió a ver nadie su firma. Sin embargo, seguía la actividad, centrada en traducciones, pues don Rafael, que era de ascendencia judía, dominaba el hebreo, al mismo tiempo que el árabe, el latín, el francés, el alemán, el inglés y el ruso. *Las mil y una noches*, obras de Dostoiewski, Goethe, Andreief y otros, en versiones directas, fueron sus tareas en esa larga etapa de soledad.

—Don Rafael, ¿por qué se ha retirado de unas actividades en las que tenía mucho que hacer?—le dije en una ocasión.

—Mi querido Conde, todo cansa —me contestó—. Fue mucho publi-

car y mucho moverse. Como ya no hay bohemia colectiva, en la soledad vivo feliz, como el poeta, «ni envidiado ni envidioso».

Mi trato con Cansinos Asens me dió la visión clara de un hombre amable, inteligente y culto. Hablaba reposadamente, con marcado acento andaluz, cerrando los ojos al hablar. Su charla era amena y variada. Pese a su aparente y auténtica seriedad, tenía un perfecto sentido del humor. A él le oí un gracioso cuento andaluz, que luego vi publicado y que quiero recoger:

En las soledades de una abrupta sierra andaluza, había un convento de frailes de clausura. El jardinero y su esposa eran los únicos seres ajenos a la comunidad, por poco tiempo ella, pues murió a dar a luz a Marcelino, su único hijo. Los religiosos criaron al niño, que se hizo fraile y pasó la vida sin moverse de aquel convento. Ya anciano y achacoso, comentó un día con el prior:

—Padre, no tengo más sentimiento que morirme sin ver dos cosas que me inspiran mucha curiosidad: una mujer y un tranvía.

La mujer, a través de los libros santos, era esa cosa bella de la que arrancaban las grandes tentaciones; el tranvía fue la gran novedad, comentada al implantarlo en la capital provinciana. El prior comentó con los otros frailes:

—Fray Marcelino es un santo, un alma cándida. Jamás salió de este monasterio. Es muy anciano, está muy enfermo y tiene el capricho de ver una mujer y un tranvía. Meterse en explicaciones de cómo es una mujer, resultaría inútil, dada su santa simplicidad, y quiero complacerle. Cuando venga el buen tiempo, le bajaremos en el carro a la ciudad, para que vea un tranvía. Ahora, con motivo de la Nochebuena, vamos a darle la sorpresa de ver a una mujer, pues autorizaré a doña Prudencia, para que entre en la clausura y llegue a la celda de fray Marcelino.

Doña Prudencia era una beata solterona, presidenta de todas las asociaciones piadosas en el pueblo más cercano. Fea, grande, desgarbada, bigotuda, con un horrible sombrero encasquetado hasta los ojos, las piernas torcidas y un enorme bolso arrastrándole de una mano, se detuvo la noche de Navidad en la puerta de la celda de fray Marcelino, a donde la había acompañado el prior. Acercándose éste al anciano fraile, que estaba en un sillón, consumido por la fiebre, con los ojos cerrados, le dijo:

—Mire, fray Marcelino.

El viejo abrió los ojos y durante un rato estuvo contemplando con sonrisa beatífica a doña Prudencia. Después volvió a cerrarlos, para seguir sumido en la mordedura de la fiebre.

El prior acompañó a la dama hasta la puerta del monasterio, volviendo luego a la celda del enfermo anciano. Este, al sentirle llegar, le miró con rostro radiante de gratitud y le dijo:

—Gracias, padre, muchas gracias, por no haber querido que me muera sin ver un tranvía.

No pudo ni remotamente sospechar el fraile que lo contemplado fuese una mujer.

De cosas serias o de humor charlé muchas horas nocturnas con don Rafael Cansinos Asens, durante los ocho últimos años de su vida. Fueron horas gratas, que me hacen y me harán recordarle siempre. Murió, según dije, en 1964. A su entierro asistieron siete personas. Todos se habían olvidado de él. Las nuevas generaciones le ignoraban. En la atmósfera cargada de humo de los cafés o en la penumbra de las calles madrileñas, yo sigo evocando la silueta noble, digna, extraña y solitaria del que se consideró el último bohemio.....

